

Lo que es México y no sabe César Cantú.

XXVI

Sepa el Sr. César Cantú, que México no es un pueblo de bandoleros ni anarquistas, ni siquiera demagogos.

Es cierto que se han cometido violencias en la lucha por la libertad, pero contra enemigos armados. ¡Lamentable remedo, pero no más que remedo de los excesos sangrientos con que han horrorizado la historia los pueblos civilizados!

Aquí no se han cometido excesos, que no resulten *condicionalmente* pequeños, que es en lo único que cabe la aplicación del *juicio relativo*. Aquí se asaltaban los caminos, cuando los brigantes eran la preocupación de algunos Gobiernos de Europa.

—Aquí ha existido el plagio, cuando con mayor exceso tenía lugar en la histórica ciudad de Roma.

—Aquí nunca se azotó pública ni privadamente a las mujeres por quebrantamiento de leyes suntuarias, como acostumbran los esbirros del Emperador de Rusia.

—Aquí no se ha dado muerte à frailes indefensos, sino cogidos en campo de guerra con las armas en la mano. No es de aplaudirse el hecho, pero sí de precisarse la forma.

—Aquí no se han fusilado niños y nodrizas como en pleno día en París el año 1852.

—Aquí no ha tenido imitación Mme. de Pompadour que disponía á su antojo de las *cartas selladas*, mandamientos de prisión firmados en blanco por el rey, para sepultar en los antros de la Bastilla perpetuamente á sus amantes desdeñados, ò venderlas á la venganza privada para enriquecer á sus joyeros.

—Aquí no se ha entrado á saco en las ciudades, como las huestes del Príncipe Borbón y los soldados de Masena en Roma.

—Aquí la lucha de la libertad no ha sido ni tan sangrienta ni tan prolongada como la de Güelfos y Gibelinos en Italia.

—La bárbara crueldad de Calvino en Alemania, no ha tenido imitadores en México.

—La guerra ha sido guerra como en todas partes, sin dejar el recuerdo pavoroso de la tenebrosa jornada en la fúnebre noche de San Bartolomé.

Preciso es correr un velo sobre los atropellos del bandolerismo y los rigores sangrientos de Génova y Venecia, y también de Milan en los tiempos de Carlos Borromeo.

¿De dónde ha podido deducir el Sr. César Cantú,

sino de su falso criterio, que México, según describe los hechos y dibuja á los hombres, apenas ha pasado los umbrales del estado salvaje?

¿Dónde se encuentra el tirano, como alguno que puede contarse en otras Repùblicas de este nuevo mundo latino? ¿Lo fuè Iturbide? ¿Lo han sido acaso Santa-Anna, Comonfort ó Juárez? Señálese comprobado por datos.

Está vedado al historiador hablar de memoria.

Es estupenda la ignorancia de César Cantú respecto de las cosas y de los hombres de este pueblo de América.

Sepa el ligero escritor, que el hombre tenido aquí por más inflexible y duro de génio, valerosísimo guerrero cuya serenidad no se discute, en pleno poder y á su disposición todas las fuerzas militares del Estado, en humilde respeto á la opinión, se detuvo ante un grupo de estudiantes que pudo acuchillar á su gusto, sin reparar en consecuencias; pues tales escrúpulos no paralizan jamás la acción de un tirano.

He corrido medio mundo y no he visto en parte ninguna, incluso en el Norte de América, un gobierno más suave y más tolerante que el gobierno mexicano, durante los dos años que llevo aquí de residencia, tiempo suficiente para conocer el espíritu y la índole de un pueblo.

En ningún lugar se puede ver tan fácilmente á los Ministros. Su trato podrá ser más ó menos sincero, pe-

ro es más que atento, amable; más que amable, cariñoso. No es posible mayor atención en culto rendido á las buenas formas, señal evidente de un pueblo civilizado. No me he dirigido una sola vez al Presidente y á los Secretarios del Despacho, que no haya recibido en carta confidencial contestación inmediata.

No se abusa en manera ninguna del *Poder discrecional*, á veces tan arbitrario en los pueblos de Europa.

No se puede decir que el servicio de policía sea un modelo; pero carece de ese vicio de violencia, dadas ciertas ocasiones, que la hacen odiosa, incluso en Londres y con excepción acaso, en los Estados del Norte de América.

No tienen las cárceles aquellas condiciones necesarias por falta de locales construidos apropósito; pero en este particular han venido retrasados todos los pueblos.

Se distinguen por su atención los más altos y pequeños funcionarios de justicia, bastándoles saber, que uno tiene título profesional, para que le llamen compañero, dispuestos siempre á escuchar á todo el mundo con la mayor benevolencia.

Aparte de la embriaguez, este pueblo es morigerado en costumbres, sobrio en necesidades, suave en su trato, inteligente para comprender y humilde en el servicio.

Hay retraimiento en la vida de familia, pero se conserva con esmero el orden y decoro en el hogar.

Instituido está el matrimonio civil, y no se ven aquí casos de divorcio, ni se registran los de adulterio, deplorable gangrena del cuerpo social, aún en aquellos lu-

gares donde sólo está permitido el matrimonio religioso.

Es muy superior la familia mexicana á la familia yankee, porque aquí la ternura y el afecto constituyen la base del hogar.

Este es un pueblo, Señor César Cantú, que fuera del valeroso entusiasmo por su independencia y libertad, lo cual le honra sobremanera, no tiene pasiones violentas, ni alimenta rencores profundos, ni se entrega á miserables venganzas.

Se le acusa de falso, porque tal vez dominado por su espíritu de cultura y galantería exagera sus ofrecimientos que despues por circunstancias imprevistas no puede cumplir. Se le tacha de desconfiado, y acaso lo sea; pero tiene razón y motivo para serlo, pues son muchos los advenedizos que aquí se refugian, porque no caben en ninguna parte.

La Constitución autoriza por su artículo 33 al Ejecutivo para sacar fuera del país al extranjero que le estorba; y durante veinticinco meses, sólo he visto hacer uso de esta facultad en dos ocasiones, aplicando la ley á individuos que mejor merecían ser arrojados al agua, que introducidos de viaje en un camarote.

Tiene este pueblo un instituto en formación, que es el *jurado*, y mucho me ha complacido ver el muy sano espíritu con que administra este pueblo la justicia, cuando todavía no tiene los hábitos de juzgar. Si tuviera espacio suficiente en estas páginas, poco trabajo me costa-

ria demostrar que el jurado de México en su período adolescente tiene más carácter popular, y en este sentido ofrece mejores garantías que el de Inglaterra.

Comprendo bien la razón de las leyes adjetivas para reemplazar con lo artístico lo arbitrario. Pero no estoy conforme en que, por evitar un exceso se haya caído en otro tan malo ó peor, subordinando lo *sustantivo* del derecho à lo *mecánico* y *casuístico*. Tal es el trabajo de Europa.

Por esta razón creo que el jurado es un instituto de verdadero importante adelanto, convirtiendo à la conciencia pública en juez de derecho, libre de la esclavitud que impone el rigor artístico; pues que la ley adjetiva es un *reglamento* para la administración de justicia. Reglamentar el acto más grave y personal de la conciencia humana, no me parece en manera ninguna ni filosófico ni conveniente.

Es verdad que el jurado tiene el peligro de alucinarse por la elocuencia; pero estamos muy lejos de los tiempos de los Faraones, que proscribían toda oración en el foro y obligaban à los jueces à colgarse la efigie de la verdad sobre el pecho. No; conforme el mundo va ganando en sensatez, la declamación sólo alcanza un resultado contraproducente.

Preferible es, sobre todo, que alguna vez sea sorprendido el jurado por la elocuencia, à obligar al juzgador à que condene al inocente por rigor de reglamento.

He presenciado un caso de una infeliz inmigrante, acusada de rob o por las intrigas de un Obispo protes-

tante que en vano procuró catequizarla. Atendidas las resultancias de autos, un juez de derecho no hubiera tenido más remedio que condenarla contra su conciencia de hombre, por respeto al rigor reglamentario de la ley de enjuiciamiento.

La conciencia pública, sublevada en su legítima expresión el jurado, absolvió libremente.

Supongo, y lo doy por seguro, que ciertos influjos han de relajar el ejercicio de las funciones del sufragio en la elección de los representantes à las cámaras; pero algo de esto sucede también en Italia, si bien reconozco, que es uno de los países de Europa donde menos abusa en este punto la autoridad gubernamental. Mas entienda el Sr. Cèsar Cántú, que no hay influjo posible, que pueda sobreponerse à la entereza y tenacidad del indígena en la elección de sus alcaldes, porque está en esto su interés inmediato que comprende muy bien.

Mas por ahí empiezan los pueblos el aprendizaje de las funciones políticas, lo cual acredita el principio de la *evolución*, pasando del interés inmediato al lejano, que es la progresión de lo simple à lo complejo, de lo homogéneo à lo distinto.

Los gobernadores departamentales en los pueblos de Europa se nombran por el gobierno, y aquí son de elección popular en los respectivos Estados. Por mucho que el influjo se exagere, siempre resultará poderosamente restringida la acción del poder Ejecutivo y sal-

vado en la forma el principio de la soberanía popular. Esta es una de las grandes ventajas de los pueblos de América sobre los de Europa, en su organismo político.

Es verdad que en México la presidencia y los gobiernos se desempeñan por militares, aunque paisanos fueron Juárez y Tejada. Pero también es cierto, que lo mismo sucede en todos los pueblos después de una lucha guerrera prolongada.

Pero lo que ignora completamente el Sr. César Cantú, como no lo sabía yo antes de llegar aquí, es, que esos guerreros, que acaban de quitarse las botas de campaña, son más civiles que nuestros jueces de primera instancia.

Y se concibe y se explica este fenómeno verdaderamente lógico, porque nuestros funcionarios, ó son profesionales educados en la escuela del autoritarismo; ó son hijos del favor, y no reconocen más Dios en la tierra que el ministro que les protege.

En tanto, estos militares han hecho de la disciplina el elemento de unión más fuerte en defensa de la libertad.

Así, pues, al dejar el caballo de guerra, se despojan del uniforme y visten el modesto frac para tomar posesión de los cargos civiles. Y no sólo eso, sino que ponen empeño y hacen cuestión de amor propio, en dulcificar sus hábitos de soldados.

Nada más humilde y sencillo que su trato, aunque saben fusilar en campaña, cuando así lo exige el rigor

de la disciplina puesta al servicio de la libertad, que es la causa por que combaten.

No sé lo que pasará en otras Repúblicas, pero respecto de México, confieso; que no puedo menos de sonreirme cuando oigo una queja pronunciada contra la tiranía del gobierno, ya porque se aventura á dar algún decreto que no se ajusta estrictamente á las formas constitucionales, ó cuando puede influir más ó menos en determinada elección. Quisiera Francia, que ha ensangrentado el mundo para hacer la revolución, gozar de la libertad que se disfruta en este pueblo, que todavía está lejos de haber formado sus costumbres políticas. Bien recientes son aquellos plebiscitos de Napoleón III en forma de sufragio universal.

He aquí otro punto que se decide por aplicación del juicio de *lo relativo*.

Todas estas cosas y otras muchas más que pudieran agregarse y que omito en culto á la verdad, las ignora por completo el Sr. César Cantú, y no es correcto, procedente, ni adecuado para conocerlas y apreciarlas, recoger datos con la mayor ligereza, sin poner atención en los muy sospechosos orígenes de donde se toman.

Repárese, pues, el Sr. Cesar Cantú, con cuánta injusticia ha tratado á este pueblo; y se explicará á sí mismo, la especie de quijotería con que publico este libro sin haber aceptado la protección anticipada del gobierno, para hacer uso de mi libertad, sobre todo, en este último capítulo; pues las cosas que en él dejo consignadas,

tienen el sello de imparcialidad del juicio independiente y propio del escritor extraño al país, que no puede caer en el vicio de un pedantesco amor nacional.

Estè firmemente seguro el Sr. Cesar Cantú, y yo se lo fío; que si, despues de todo, viniera por acá, sería bien recibido y agasajado por los hombres de México, que á tal grado monta su galantería y cultura; pues yo he visto obsequiados y servidos algunos extraños que hicieron armas contra la libertad del país por el imperio.

En suma; este país no ha hecho más que pasar, por donde han pasado todos los pueblos, con mayor rapidez que ninguno.

—¿Qué necesita ya?

Juicio, atención y cordura para constituir su estado económico, como ha constituido con mayores penas y esfuerzos su estado político.

Podrá en un día haberse dejado llevar con exceso del espíritu de empresa, intentando reformas no bien meditadas y haciendo contratos ligeramente calculados; pero ¿qué pueblo se ha salvado en momentos iguales de esos tropiezos y malos ensayos? A veces vienen las crisis en esos períodos agitados por afanes de prosperidad, porque no brilla en ellos la mayor cristalización y pureza. ¿Y qué? ¿No es esto mismo una enseñanza para proceder con más previsión y cautela? ¿Dónde se madura el juicio y se empeña la rectitud de Colbert sino en la lucha con Fouquet? ¿Por qué dice con mucha razón un

publicista filósofo, que "Mazarino al morir dejó á Luis "XIV una inmensa doble fortuna: Colbert y cincuenta "millones; y el rey, sabiendo lo que se hacía, renunció el "dinero y se quedó con Colbert?"

De aquella situación crítica y apurada ha salido para después, toda la prosperidad de la Francia.—

Estaba México administrado según los usos de la vieja monarquía unida al sacerdocio. Parecía un gobierno barato si se suman los ingresos por tributos que directamente entraban en Arcas reales y se hace caso omiso de las gabelas que se pagaban y tenían distintas distribuciones. Mas esto era lo de menos. En lo demás no se ponía reparo.

Contribuían á levantar las cargas del Estado los inferiores, eximidos los más fuertes por inmunidad y privilegio. Aplicábase una gran parte de los ingresos á sostener el lujo oficial y á la construcción de edificios monumentales, destinados muy pocos á los servicios públicos desatendidos hasta en lo más indispensable. Resultaban de aquí muchos más conventos que caminos, y aquellos felicísimos gobiernos apenas se ocupaban de facilitar el transporte y aun menos atendían á sostener los intereses del tráfico con eficaces auxilios de seguridad pública.

No obedecía su administración á un sistema rentístico sino á un empirismo de arbitrios, cuya nomenclatura sólo puede encontrar orígenes de filiación en el lenguaje de los tiempos bárbaros.

El diezmo, recurso empírico muy aceptable y oportuno para las razas nómadas en busca de la tierra de promisión, era á las alturas del siglo XIX la base de los tributos, que excusa todo trabajo de medida y amillaramiento y de organización catastral.

Sentíase agobiada la clase trabajadora por el peso de los arbitrios y aun más por los abusos funcionales en la gestión administrativa, que en todos los tiempos y lugares de la historia se han tenido por gentes rapaces y no de apacible condición á los ambulantes recaudadores.

El movimiento liberal venia empeñado en la reforma de todas estas cosas, porque es su misión hacer la política de Gavio aliviando á las clases inferiores. Se anticipó demasiado á hacer grandes ofrecimientos sin tomar en cuenta que de la idea al hecho hay que llenar un vacío de exquisita labor y enérgico trabajo.

Ofreció alivios y servicios. Los servicios los viene dando, pero los alivios no los ha podido dar, porque éstos han de ser el resultado de un prévio esfuerzo.

Este esfuerzo tiene que ser comun y recíproco, porque se trata del interés nacional. Preciso es que cada cual contribuya segun el bien que recibe, en seguridad, en auxilios de trabajo, en facilidades de cambio en trasportes terrestres y marítimos, en higiene pública, en consumos, en alumbrado, en locomoción y en toda clase de recursos de viabilidad.

No pudo dar el gobierno de momento el beneficio de la paz porque le presentò ruda batalla aquello que

determinaba no queria reformarse, y la defensa fué la necesidad primera y más urgente.

Los apuros eran inmediatos, los recursos difíciles; se daba por el pueblo la sangre con mucha más facilidad que el dinero; pero si aquella, en abundancia vertida, determinaba un deber heròico, éste se imponía á las imperiosas exigencias de boca y de guerra.

Exigíase al ciudadano la sangre; pero no era posible reclamar al contribuyente lo que no tenía, y se acudió á lo que todos los pueblos han acudido y acuden en circunstancias iguales, al *empréstito*.

México está pasando en estos momentos ese período angustioso inmediato á la paz, donde todas son obligaciones y no se pueden improvisar los recursos.

Por estas y más grandes angustias ha pasado, Sr. César Cantú, Italia un millón de veces, y ahora se adelanta magestuosa con legítimas esperanzas, á pesar de su deuda; y si no tuerce el camino, será de nuevo la primera nación de Europa.

Es verdad que la deuda de México no está consolidada; pero estimada à bulto, es este uno de los pueblos que, relativamente (y à este particular puede muy bien aplicarse el juicio de lo *relativo*) ha logrado dominar en más breve tiempo y con menos costo la lucha gloriosa por su independencia y libertad.

Lo que no sabe tampoco el Sr. César Cantú es, que esa deuda, causa única que hoy entorpece momentáneamente el desarrollo y engrandecimiento rápido de Mé-

xico, si vamos á cuentas de cuentas, poco trabajo me costaría probar, que está en gran parte pagada con intereses de intereses, tomándose en consideración los agios aprovechados y los anticipos hechos al gobierno, dándole á la par un papel sujeto en plaza á enorme descuento como efectivo à completar la suma del anticipo.

Estas tristezas, por las que forzosamente han pasado todos los gobiernos del mundo en circunstancias iguales, no pueden ofrecer nada nuevo al Sr. César Cantú; mas es preciso que sepa, que México se encuentra muy á la altura de dominar todo eso, sin obsequiar à Napoleòn con las Minas de la Sonora por el ominoso regalo de un imperio.

Podrà carecer la opinión pública de disciplina en estos momentos, lo cual pudiera explicarse muy fácilmente á disponer de tiempo y espacio; pero no carece de ilustración, ni tampoco de espíritu público levantado, cuando llega el caso y se cuentan supremas las horas para los pueblos.

Energía y honradez, hé aquí lo que el gobierno del país necesita, pues no tiene delante de sí ningún problema desconocido.

Honradez para inspirar confianza; y energía, para dominar como Colbert, estas más pequeñas y menos complicadas dificultades interiores que entorpecen la vida exterior.

De todas maneras, sepa el Sr. César Cantú, que

México calumniado, con horas más ó menos contadas, está á las puertas de su prosperidad y grandeza ó son ineficaces por primera vez en el mundo las leyes de la historia.

Así piensa un extranjero, que no escribe de lejos ni se alucina por falsos relumbrones como los del imperio, ni se deja influir por gentes apasionadas, ni le asombran las zozobras que preocupan los ànimos en estos pasajeros momentos.—

FIN